

Van Morrison y su hija Shanna ofrecieron su particular debate a dos

El genio irlandés ofreció anoche en Madrid un impecable concierto

De Van Morrison cabe esperar casi cualquier cosa. El irlandés es un músico genial e imprevisible —cualidades probablemente simbióticas e inseparables—, capaz de ofrecer noches memorables y espantadas que más valdría olvi-

dar. Pero, en los últimos años, el bardo de Belfast vive uno de sus mejores momentos artísticos —también los genios conocen de rachas—, y anoche en Madrid ofreció un concierto largo (en todos los sentidos), intenso, magnífico.

Los géneros de la música popular de nuestro siglo poseen innumerables apellidos (pop, «punk», «heavy», «rap», «ambient», «grunge...»), pero apenas un par de nombres propios. Quizá Bob Dylan sea el único artista vivo capaz de competir en personalidad, influencia, prestigio y generalizada reverencia con Van Morrison: un género en sí mismo, un artista con un lenguaje propio, suma de diversos dialectos (rock, folk, soul, rhythm and blues), que impregna de bucólica melancolía irlandesa cada estrofa, cada nota de sus canciones.

Georgie Fame

De Van Morrison, ya se dijo, cabe esperar casi todo: desde que aparezca acompañado por los mil quinientos gaiteros de Fraga a que lo haga parapetado tras una escueta formación jazzística. Anoche, en La Riviera, donde no cabían más almas ni almas más entregadas, se presentó junto a un completo combo de soul-rock: vientos, guitarra, bajo, batería, teclas y coros. Estos dos últimos, encarnados en personajes singulares: del teclado se encargó nada menos que Georgie Fame, primerísima figura que sólo se avendría a eclipsar su imagen ante la del monstruo de Belfast; la segunda vez era la de Shanna, la hija del propio Morrison, dotada de unas cualidades vocales que sólo pueden obedecer a razones genéticas: su variedad de registros es portentosa; lástima, un pelín más de potencia en la garganta.

Van Morrison (austero, de negro, como un portero de fútbol vasco) pergeñó para su primera cita española (mañana repite en Murcia) un repertorio compuesto, principalmente, por sus dos últimos discos, «Day like this» y «How long has this been going on», títulos que no desentonan en absoluto con el resto de su extensa y magnífica discografía.

La propia «Days like this» abriría el concierto con absoluta puntualidad, y a ella seguirían interpretaciones exquisitas de «Melancolía» (magnífico acoplamiento vocal de padre e hija) o «In the afternoon». Y en el momento justo, ni un minuto antes ni un tema después, el imprescindible tributo al recuerdo

con «Whenever God shines his light», con Shanna Morrison haciendo olvidar a Cliff Richard en la réplica a la voz de Van.

Y, mientras, el genio que esboza un apagado «Gracias» en castellano, se aplica a la armónica, dirige a su banda, controla cada entrada y salida de unos músicos admirables a los que, como premio, permite lucir sus inconmensurables cualidades instrumentales... Y demuestra que, a sus cincuenta tacos largos, sigue cantando como nadie, con un sentimiento profundo, visceral, auténtico, con calidad y calidez propios de los más oscuros intérpretes de blues, de cantaores flamencos benditos por el duende.

El concierto acaba de comenzar y ya ha pasado una hora larga. El grupo se retira, el público

lo reclama y comienza un previsible bis que desemboca en otra imprevista hora de concierto. El hurraño, hosco, esquivo Van Morrison parece que, efectivamente, está de buen humor.

Amor paternal

Y, de nuevo, otro tributo a la memoria y una muestra de amor paternal: Van desaparece del escenario y deja a su niña que se marque «You make me feel so free», esa bellísima canción que, con sumo acierto, suele interpretar de vez en cuando Sinéad O'Connor, también irlandesa, también todo un carácter.

Van Morrison, en fin, llegó a Madrid, y no para apoyar a ningún candidato (¿sabrá este buen hombre quiénes son Aznar y González?), aunque de presen-



Van Morrison

tarse a las elecciones más de uno disiparía sus dudas este domingo. Pero, no; Van Morrison vino a Madrid porque le dio la gana (podía haber estado en Los Angeles, en la gala de los Grammy, haciendo el paripé), cantó lo que le salió de las narices, cuanto quiso y como le vino en gana. Y el resultado, magnífico. Quizá faltara algo de la magia de su anterior visita a la capital, aquella irreplicable noche de verano en el patio del Cuartel del Conde Duque. Pero no cabe un solo reproche (salvo, acaso, el de algún político): el sonido, el ambiente, el público, los músicos, las canciones... Todo estupendo. Y, además, Van Morrison.

IV Festival de Flamenco de Madrid

El atrevimiento de Morente divide al público

El cantaor granadino Enrique Morente se ha forjado artista en los madriles, de ahí que cada vez que sube a un escenario madrileño canta como si estuviera en el patio de su casa, cuenta de entrada con el afecto y la admiración de los indígenas o de los inmigrantes, porque todos le consideran por estos lares el cantaor de Madrid, muy lógicamente. Y para comprender al cantaor Enrique Morente actual, ya premio Nacional de Música por sus creaciones flamencas, hay que recordar al aplicado Morente jovencísimo, al que empezó a soltarse en la ya mítica Peña Charlot de la calle Lope de Vega y al cobijo de Don Pepe el de La Matrona y de aquel Azorín del cante que se llamó Bernardo el de los Lobitos, en Casa Gayango, el Morente que después se juntó en el tablao Zambra con gente tan sabia e importante como Pericón de Cádiz, Rafael Romero, Pepe el Culata, Juan Varca... Sí, el Morente que ilustró una conferencia de José Blas Vega, hace treinta y tres años, con el toque del genial e inolvidable Manolo de Huelva. O el Morente que, en 1965, bajó a Jerez para actuar en los cursos de la Cátedra de Flamencología, el que dos años más tarde ganó, compitiendo incluso con algunos de sus maestros, el premio Málaga

Cantaora en Madrid. Y al Morente que en 1970, con la guitarra de Manolo Sanlúcar, se constituyó en el primer cantaor que ha cantado en el Ateneo de Madrid, o sea, al Morente etcétera, etcétera... que reverdecía los cantes chaconianos o las siguiriyas de Manuel Molina...

Sí, un Morente clásico que le permite ser, por paradójico que resulte, un cantaor inventor, un artista sumamente versátil, intrépido, malabar jugador con los sonos jondos, del que en cierta ocasión dijimos que parece que tiene por lema creer y crear. Creer en lo legítimo del flamenco y crear sobre ello sin remisión, como el que cumple un destino a rajatabla o a rajavaso. Y a veces le ocurre lo que dice el refrán: quien mucho abarca, poco aprieta. Queremos decir que lógicamente en ocasiones se equivoca o se le fuercen los planteamientos. Otras agierta plenamente, como en el caso de su «Alegro soleá y fantasía de cante jondo», que presentó el año pasado en el mismo Festival. Pero en la noche del miércoles, al finalizar su concierto con su audaz montaje musical junto al grupo rockero Lagartija nick, que en Granada y en un Pabellón de Deportes, ante doce mil personas, resultó atractivo, en el recinto del Teatro Albéniz

no fue así, pues, mal sonorizado, el atrevimiento morentiano falló totalmente, y el público, en gran parte un tanto estupefacto, se dividió. La polémica, pues, está servida.

Hasta ese momento, Enrique Morente, pese a no disfrutar de un estado idóneo de voz, había consumado una primera parte muy digna de su categoría, con la guitarra de Tomatito —y en algunos estilos también con la de El Paquete—: caña y polo, granaina —cante al que le sacó un gran partido con matices de gran belleza—, soleares —con tercios de regusto y siguiriyas. En la segunda parte, a base de giros festeros, con coro de tres voces, fandanguéó cancionando para rematar con un verdial, primero; después, cantinas diversas, tangos y aires «buleaeros», en los que mezcló muchos soniquetes, incluso el fandango marchenero. En resumen, un recital de cante muy artístico, en su línea evolutiva mayormente, que no tuvo el colofón acertado, como queda apuntado más arriba. Esperemos que la próxima vez que Enrique Morente cante en el patio de su casa, y ojalá sea pronto, pueda redondear su recital. Y, eso, a ver con qué nos sorprende, pero para bien.

Manuel RÍOS RUIZ